

REVISTA NUEVA

Director y Redactor: **FROILAN TURCIOS**

Redactor: **RAFAEL ANGEL TROYO**

AÑO II || SAN JOSE, COSTA RICA, 27 DE DICIEMBRE DE 1902 || NUM. 35

EL VIENTO NOCTURNO

—El viento nocturno ha venido á decirme cosas muy tristes—murmuró el pobre hombre—mirándome extrañamente con sus míseros ojos de alcohólico. Lo sabe todo.....el rauda viento de la noche. En los pliegues sutiles de su ráfaga sonora, como sobre las alas de un pájaro hiperbóreo, vaga el alma misteriosa del futuro. El dice con su voz inmortal la historia de los siglos remotos y predice el porvenir á los hombres señalados por el dedo del alevé destino. El sabe el secreto de las hondas melodías y de las palabras mortuorias. Anoche, mientras soñaba inefablemente con unos ojos claros y distantes, me despertó el viento helado con un rumor de seda que cruge y con una caricia gélida y fugaz. Sentí sobre mi frente el frío de una lápida y me imaginé que bajo de ella todos mis pensamientos estaban muertos.....Y fué entonces cuando oyó mi espíritu aquellas cosas tan tristes y profundas.....

Yo pregunté al miserable:

—¿Y qué os dijo el fúnebre viento?

—No lo podré decir ahora, señor—contestó, palideciendo. Son cosas que me hacen delirar...Son cosas de la otra vida. Ni el agua del surtidor en las altas horas del plenilunio, ni el murmullo de los sauces en las neópolis desiertas, ni los extraños ruidos que en las lejanías surgen de las sombras profundas, pueden poner en un espíritu visionario el terror que en mí produce ese ligero ruido metálico del vientecillo nocturno.....En fin, os haré, en parte, la confidencia trágica...¿Véis mi cuerpo, mi cabeza, mi boca, mis ojos? Pues bien; dentro de algunos meses todo esto no será sino un montón de tierra bajo la tierra. El viento me dijo: pronto dormirás en la tumba. Y hé aquí que tengo miedo de mi propio esqueleto...

La media noche sonó en la catedral. Una ráfaga de viento hizo vi-

brar las veletas del campanario.....A la luz de la lámpara ví—mientras cruzaba mi cuerpo un escalofrío—ví durante un segundo, sobre los hombros del atormentado, una calavera amarilla que haciendo una horrible mueca, sonrió espantosamente.

FROILÁN TURCIOS

De EL REGRESO

¿Cómo puedes dormir tranquila sabiendo que yo vivo aún? Mi vieja cólera reaparece, y romperé mi yugo. ¿Conoces la vieja canción? ¿la canción de un hombre muerto, que vino á media noche á buscar á su adorada y la arrastró al borde de la tumba?

Créeme, hermosa niña, hermosa niña maravillosamente bella, yo vivo y yo soy aún más fuerte que todos los muertos juntos.

JEHUDA BEN HALEVY DE TOLEDO

Que mi lengua quede pegada ardiendo á mi paladar, y que mi mano derecha se seque, si yo alguna vez, Jerusalem, te olvido.

Estas palabras de un psalmo llegan hasta mi oído.

Espectros de mis sueños, ¿cuál de vosotros es Jehuda ben Halevy de Toledo?

Yo lo he reconocido en su frente pálida que tan fieramente conduce su pensamiento, en la dulce fijeza de sus ojos que me miran con tan inquieta atención.

Sobre todo lo he reconocido en el misterioso sonreír de sus dulces y bellos labios, armoniosamente unidos como dos versos: los poetas solos los tienen parecidos.

ENRIQUE HEINE

LOS CRUCIFICADOS

O-Cruz, ave, spes unica!

Muy negras son tus canas,
Oh Trágico sombrío!

Y muy dulce morir antes que llegue
La trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
Decamellos?... Dormid al pie del monte
Para no ver manchado el horizonte
Con el ávida sombra del Ocaso.....

En las nudosas cruces
Agonizan los mártires; el brillo
Roha el dolor á los hinchados ojos
Que miran á los ámbitos desiertos
Con la turbia fij za de los muertos.

Fués la Tierra dolorosa: en haces
Brotó para sus íenes rama indócil
De puntas erizadas; clavos fríos
Que los frágiles huesos taladraron;
Para su cáliz, de amargura lleno,
La vida—immensa flor—sudó veneno.

En las cruces nudosas
Se rueren las víctimas, tocadas
De martirio las testas luminosas
Por lividos perfiles coronadas.
Lánguidamente en hilos tembladores
La tibia sangre por su faz chorrea
Y humedece los párpados; gotea
Sobre la barba, que en rojizos grumos
Cual en bronce tallada, se obscurece.
Y de sus cráneos la soberbia roca
No bate ya, con las frementes alas,
El grifo luminoso de lo eterno.....
Y se enturbió la linfa trasparente
De las glaucas pupilas,
Claros pozos de lumbré
Que de vivir el tedio reflejaron,
Y es mudo el labio que de embre en embre
Vibró en la lid relámpagos de acero..
Oh mártires ! Oh ruinas
Que marcásteis el áspero sendero
Con gajo alterno de laurel y espinas !

En torno de las cruces
Do murieron las víctimas, aullando
Se amontonó la plebe enfurecida
Como un tropel de deslomadas hienas.
Y abajo, los zarzales; por alfombra;
Y arriba, el Numen, el Amor, la Calma;
Los mártires, en medio,
Rasgando muertos la terrena sombra
Al blando golpe de su fresca palma.

Oh videntes, oh lánguidos cantores!
Ahogad el himno, que la cruz agnarda
Vuestras manos febriles;
Huid, rompiendo el arpa cristalina,
A refugiáros en la sombra. Llegan
Los salvajes de puño sanguinario:
Cuando en las viñas del furor se anegan
Ascinan á Dios en el Calvario !

El verso, cual la ténue lamparilla
Que entre las tumbas ocultaba Roma,
Alumbra mudo vuestras almas. Hielo

Lleváis sobre el espíritu cansado,
Y á los Libros—el Arbol de dolores—
Del matador que insulta vuestro duelo
Sólo llegan los bárbaros clamores.

Pobres muertos que en hórrida solumbra
Durmiendo están; la ráfaga de gloria
Sobre sus frentes pálidas no alumbra.
¿Qué importa si mañana el orbe acude
El orbe acude entero
A recoger los huesos polvorosos
Del mártir que murió sobre el madero?
El libro quedará cual leño santo
De seca sangre por doquier teñido.....
Y á la víctima, en tanto,
Sofocará la zarza del Olvido.

Muy negras son tus canas,
Oh Trágico sombrío !
Y muy dulce morir antes que llegue
La trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
Decamellos?... Dormid al pie del Monte
Para no ver manchado el horizonte
Con el ávida sombra del Ocaso.....

En las cruces nudosas
Perecerán los mártires. Doliente
El ideal, las alas fatigosas
Plegando en el azul, lánguidamente
Descenderá sobre la tierra, herido;
Y como el Genio del silencio mudo,
Las almas tristes lo verán caído
Sobre el sangriento marco de su escudo

GUILLELMO VALENCIA

MIOSOTIS

Tras el azul de los cielos se despliega
el luminoso infinito de lo incom-
mensurable, donde mora Dios. Bajo
el azul del mar duermé el oscuro
abismo del misterio donde se agita la
tempestad. Y bajo el azul de tus ojos,
dime; oh mi adorada, ¿qué habrá?
¿El luminoso infinito de los cielos ó
el oscuro abismo del océano?

RAFAEL ANGEL TROYO

Sombra celeste

(FRAGMENTO)

Para la Revista Nueva

Un aposento con ventana al jardín.
Por ella la luz de la tarde penetra i
va a leer en las estanterías del fondo
los títulos de los libros. Rosendo,
sentado en un sillón, cerca de la ven-
tana, tiene en las manos la Imitación
de Cristo.

ROSENDO

(Lee) *Es esta vida vanidad!*

[Meditando] Que amarga parece esa sentencia; habrá vivido entre los hombres quien cantó el olvido del mundo i de la dicha? Si es la carga de la vida tan triste i tan pesada, cómo es que tantos, al mirar la fosa, imploran de la muerte, que piadosa les aleje del borde de la nada?

Cómo es que el alma enamorada busca la eternidad en el amor i brusca encuentra la razón que se la niega?

Yo nada sé; mi vida ha resbalado aquí en la tierra, como un ave ciega, bogando entre los cielos i el pasado.

[Abriendo la ventana i mirando al cielo]

¡Bajo los cielos! Hondos i vacíos como el éreano antiquísimo de un muerto a mi vista causada se han abierto i ya están solitarios i sombríos.

Mas el pasado es como un viejo puerto alzado sobre el delta de cien ríos, de donde zarpan, con un rumbo incierto, cargados de tesoros los navíos.

[Volviendo la vista al interior]

Esos los libros son, que de año en año, de siglo en siglo, con vigor extraño van triunfantes flotando como bacas fletadas por la Ciencia i por la Historia, en todas las más célebres comarcas, para venir a anclar en la memoria.

Como una onda de vino de Champaña sobre el libro ha rodado mi existencia; esta mi juventud, mi florecencia, lejos del sol de un gran amor se empaña.

¡Quiero vivir por fin! A la campaña, lejos de la ciudad, a la inclemencia de los soles i el viento, que cadencia sus baladas sin fin en la montaña.

Siento en mis noches solitarias, ayes que se suben temblando hasta mi labio, como ascienden las sombras de los valles cuando tramonta el sol; alguien me llama dentro de mí i me dice: si eres sabio, deja los libros, i ve al mundo, i ama!

ROBERTO BRENES MESEN

LIBROS VIEJOS

Por la ribera izquierda del Sena, junto á los murallones del río, donde instalan sus almacenes los vendedores de libros viejos, se pasea todas las mañanas un hombre extraño de ojos

apagados y lento andar, que se detiene á cada instante, urge en todos aquellos polvorientos archivos de la imaginación, y se aleja siempre malhumorado, siempre triste, como si persiguiera algo que no encuentra jamás.

Curioso por saber lo que buscaba, reuní cierta vez todas mis osadías en el haz de una pregunta equívoca y le dije:

—¿Quizá acechamos la misma obra? Sus ojos parecieron desperezarse para abrir los párpados; me interrogó con su mutismo; y alejándose un tanto de la ola de compradores de ocasión, me habló misteriosamente:

—Los libros son almas y son cuerpos. Todos esos tomos que están apilados sobre los estantes, han tenido sus noches ensangrentadas de amores brutales y se han retorcido bajo las manos fibriles de un hombre, que los ha arrojado después con desdén, sobre la carpeta de la mesa de trabajo. Todas las páginas guardan los rastros de esos apasionamientos egoístas: hay anotaciones, hay hojas rotas y hay huellas de dedos nerviosos que han dibujado su impresión sobre la margen blanca. Y yo busco un volumen original, cuyo amante de una noche haya respetado todos los candores y todas las inocencias; un libro que haya sido leído sin cortar las páginas, en medio de un recogimiento místico.

—No es posible—añadió—no es posible aspirar el aroma de una flor, sin morderla?—No es posible.....

Y me contó una historia de amores juveniles. Una mujer seducida y abandonada. Un libro más en las estanterías de los mercaderes.

MANUEL UGARTE

LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército la cumbre salvó de la montaña y en el ya solitario campamento, que de lívida luz la tarde baña, del negro terranova, compañero jovial del regimiento, resuenan los aullidos por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado, y bajo aquella cruz de tosco leño, lame el césped aún ensangrentado y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses después, los buitres de la tierra
rondaban todavía
el valle, campo de batalla un día.

Las cruces de la tumba ya por tierra....
ni un recuerdo, ni un nombre.....
; Oh!, no: sobre la tumba del soldado,
del negro terranova
cesaron los aullidos,
más del noble animal allí han quedado
los huesos sobre el césped esparcidos.

JORGE ISAACS

DEL LIBRO INÉDITO CONTINENTALES

LAS PAMPAS

Para la *Revista Nueva*

Ola sobre las playas extendida,
la verdura se pierde en los confines...
Extensión.. Soledad.. Cabañas ruines..
Visión de una esperanza sin medida...

La sombra de un corcel desparorida
á veces pasa con vibrantes crines;
y el pampero que toca sus clarines,
es un grito de amor lleno de vida.

¡Con qué asombro, los cóndores su vuelo
suspenderán, para mirar el suelo,
que se dilata en uniforme tono...

Parece que en su afán de hacerse grande
la Pampa se desdobló al pie del Ande
como una alfombra inmensa al pie de un trono!

LOS VOLCANES

Cada volcán levanta su figura,
cual si de pronto ante la faz del cielo,
levantasen el ángulo de un velo
dos dedos invisibles de la altura....

Su cresta es blanca y como blanca pura;
su entraña hierve en inflamado anhelo;
y sobre el fuego aquel, contrasta el hielo,
cual sobre una pasión..... un alma dura.

Los volcánes son fúnebrs y tambores....
Pero á sus pies los campos que florecen
se extienden con vivísimos colores;

y por eso, como obras de pintores,
desde lejos, mirándolos, parecen
cestas volcadas derramando flores!....

1902.

JOSÉ S. CHOCANO.

CASTELAR

(FRAGMENTO)

Para la *Revista Nueva*

Fué la de Castelar una personali-
dad hermosa, de facultades varias y
de actividad sorprendente y como to-

dos los hombres superiores que se
aprestan á la lucha por el triunfo de
sus ideas, fué combatido en todas las
esferas donde sus energías se desarro-
llaron. Político innovador, fué neces-
saria y rudamente combatido; escri-
tor que puso sus pensamientos en
música divina, fué combatido; tribu-
no que rompió los viejos moldes de la
Retórica para dar vuelo libre á su
inspiración, fué combatido; catedrá-
tico que predicara la concepción mo-
derna de los principios nuevos, fué
combatida; historiador que tomara
los sucesos del mundo como fuente de
inspiración, fué combatido; donde
quiera que iluminara con los fulgores
de su pensamiento fué combatido, á
la vez que admirado con vehemente
y arrebatador entusiasmo.

Desde que apareció, á los veintidos
años, en la vida pública, fué saludado
como un Dios y reconocido como uno
de los hombres más grandes de Es-
paña.

Era el 25 de Setiembre de 1854; go-
bernaba, después de la revolución de
Vicálvaro, el partido progresista; ha-
bíase comenzado á organizar el par-
tido demócrata, el cual verificaba
aquel día una asamblea en el Teatro
Real de Madrid, provocada con el ob-
jeto de aprobar su programa; habían
hablado doctoralmente las figuras
más importantes del partido, cuando
surgió de una butaca una vocecita
atiplada que, sin embarazo, pedía la
palabra; el público, que nunca ha-
bía escuchado aquella voz, soltó una
burlesca risa. “¿Quién ha pedido la pa-
labra?”—dijo el Presidente.—“Emilio
Castelar,”—contestó un joven desco-
necido, poniéndose de pie en actitud
airosa y resuelta; subió al escenario
abriéndose paso entre las risas de la
multitud, y ya en la tribuna aquel
joven desconocido, de apostura alta-
nera y esférica cabeza, rompió el es-
pacio con las fulguraciones radiosas
de una mirada penetrante, y con la
firmeza y altivez de un maestro co-
menzó á derramar sobre la multitud
torrentes de armonías, lluvias de
ideas, caudales de atrevidas imágenes,
todo un tesoro de palabras y pensa-
mientos que a veces conmovían como
lamentos de esclavitud, á veces ensor-
decían como rumor de tempestad, ora
tronaban como rugido de león, ya
embelesaban como trinos de jilguero:

y habló de la democracia, y habló del pasado, y habló del porvenir, y habló de la imprenta, "ese soldado de Dios que pelea, como Ayax, por la luz, encadenada á los pies de los tiranos," y habló de la tribuna, "providencia del pueblo sujeta al carro del vencedor," y habló del pensamiento, "estallando en el cerebro sin poder alzar su vuelo y perderse como el águila en el infinito," y habló de la fé, "vendida por una cartera de ministro," y habló del martirio de la libertad; y así como lo dijo un periódico peninsular refiriéndose á la cámara, el público, "magnetizado, subyugado, jadeante, fuera de sí, parecía haber entregado su alma al orador, pender de sus labios, vivir de sus palabras, mientras que él, arrebatado, transportado, sin oírse ya, sin conciencia de lo que decía, se entregaba á su inspiración como la Pitonisa en el trípode, como el profeta que trasmite mecánicamente una voz que baja de los cielos..."; y la multitud, que al término de cada período le aplaudía con frenético delirio, al bajar de la tribuna le bañó en aclamaciones, le recibió en su corazón y en sus brazos, repitió su nombre con reverencia y cariño, le acompañó hasta su morada en ovación triunfal y le saludó como á un nuevo apóstol de la redención, como á un nuevo soldado de la Justicia, como á un nuevo gladiador del Derecho, que armado de elocuencia divina venía á combatir por el triunfo de la libertad, á la manera de un arcángel enviado del Eterno para lacerar los espíritus maléficos del despotismo.

Desde entonces comenzó Castelar la valerosa peregrinación de su bandera, se hizo temible de los pontífices y de los reyes, y fué el ídolo del pueblo español y la voz suprema de la conciencia nacional.

Alientos vigorosos, ajenos á mis fuerzas de pigmeo, se requieren para seguir paso á paso á aquel gigante en sus gloriosas ascensiones y en sus tremendas caídas, en sus formidables batallas y en sus fulguraciones siderales; y sería, por otra parte, fatigosa la tarea, si estudiásemos suscintamente las múltiples manifestaciones de su vida y el carácter peculiar de ellas, porque la vida de Castelar se confunde con todo un borrascoso período de la Historia contemporánea

de España y su obra se dilata y engrandece á nuestros ojos á medida que sus detalles se analizan.

Apareció en la escena de España en época inolvidable, cuando en ella figuraba un ejército de pujantes batalladores que con la espada, con la pluma y la palabra, en la tribuna, en el periódico y en el campo de batalla, disparaban bombas revolucionarias contra las carcormidas fortalezas de la monarquía; y entre aquella legión olímpica de oradores, publicistas y guerreros, donde figuraban los Pi y Margall, los Salmerón, los Echegaray, los Becerra, los Beranger, los Figueras, los Martos, los Ruiz Zorrilla, los Córdoba y tantas otras cabezas pensadoras que impulsaban el movimiento innovador de la democracia, Castelar hizo brillar los fulgentes destellos de su genio, y en su presencia, como en la presencia del hijo de Dios, se arrodillaron los sacerdotes y los fieles del culto republicano.

Con ser sobre todas las cosas un artista perillustre amante de los encantos de la Naturaleza, con ser un adorador ferviente de las grandiosidades de lo bello, con ser un cantor enamorado de la castidad de la frase y de la armonía del pensamiento, no creyó manchar su túnica de artista confundiendo con las muchedumbres populares y poniendo su verbo al servicio de la causa de la redención de los oprimidos y los exheredados de la fortuna; y lleno de fé en la bondad de sus ideales, soñando para su patria una nueva era de igualdad y de justicia, entró á los clubs políticos y llevó en su boca la anunciación del régimen soñado y la protesta clamorosa contra las instituciones consagradas por el espíritu anacrónico de la tradición conservadora; y apareció en la prensa donde predicara, como el Nazareno, la religión del porvenir y donde fulminara, como Júpiter, los rayos de su cólera santa; y entró á las Cámaras enviado de los pueblos, donde, haciendo rugir las tormentas de su inspiración, dió terribles embesfidias á la vetusta monarquía y combatió de manera formidable, con la catapulta irresistible de su elocuencia, el contubernio de la Iglesia y el Estado y asesió golpes mortales á la esclavitud de los negros y puso todo el

vigor de su voluntad apostólica en defensa del sufragio universal y de la libertad; y cuando con la abdicación de Saboya surgió grande y soberana la República, Castelar fué unido y sobre su rica vestimenta de artista y sobre su túnica de apóstol colocóse la toga de Primer Magistrado de la Nación y vió así, por un minuto histórico, ondear victoriosa la flameante bandera de sus ideales en el viejo palacio de los reyes.

Después de su caída, que fué como la caída de un titán desprendido de los cielos, las aberraciones de la intransigencia, sin considerar siquiera la bondad de sus altas intenciones y la excelencia de su angusta propaganda, le tildaron de apóstata y perjuro. Pero quienes tan rudamente le apostrofan no hacen justicia á Castelar, porque él fué, ante todo, un alma de artista y un alma de apóstol que tuvo fe de convencido en el poder sugestivo de sus ideas y en la fuerza irresistible de la evolución serena, como Garibaldi tuvo fe en el imperio de la fuerza de las armas y en la eficacia bienhechora de su relampagueante espada; y exigir de Castelar más de lo que hizo su privilegiada y peculiar naturaleza es como negarle su gloria y como arrebatarle el papel que por designios de la providencia debía representar en la historia del mundo.

TOBIAS ZUNIGA MONTUPAR

OFRENDA

Para la Revista Nueva

En mis horas aciagas de proscrito,
En mis horas sombrías de nostálgico
De la sangrienta lucha fatigado,
De la lucha titánica vencido,
Tú me has hecho soñar, hermosa y pálida,
Tú me has hecho soñar con la ventura,
Diademada de lirios la alba frente
Y al aire suelta la melena blonda,
Como la blanca Ofelia,
Del trágico inmortal Musa y Amada.

Tú me has hecho soñar, hermosa y pálida,
Tú me has hecho soñar con la ventura
A la suave mirada de tus ojos,
De tus ojos azules
Como los hondos mares,
De tus ojos radiantes
Como los astros blancos!
Tú me has hecho soñar, hermosa y pálida,

Tú me has hecho soñar con la ventura,
Al eco de tu acento,
De tu acento sonoro
Como los trinos de la dulce alondra
Que saluda el albor de la mañana!
Aquí te dejo mi canción. La estrofa,
La estrofa humilde que nació en el alma
A la lumbré tranquila de tus ojos,
Al eco dulce de tu voz de alondra!

Acóge, pía, mi canción, Señora,
La pobre estrofa del poeta acóge
Que no te entrega el corazón con ella
Porque no es suyo el corazón há tiempo.

DAVID M. CHUMACEIRO

LOS DOS COMPAÑEROS

Dos amigos se paseaban por el bosque; surgió un oso, que se lanzó tras ellos.

El uno subió á un árbol y se ocultó entre sus ramas, mientras que el otro continuaba en el camino.

Teutiéndose en el suelo, aparentó estar muerto.

El oso se acercó y olfateó al hombre; pero, como éste retenía su aliento, el animal creyóle cadáver y se alejó.

Cuando la fiera estuvo lejos, el otro bajó del árbol y preguntó, riendo, á su compañero:

—¿Qué te decía el oso al oído?

—Me decía que el que abandona á un amigo en el peligro, es un cobarde!

LEÓN TOLSTOY

NOCHE DE FIESTA

En el suntuoso baile,
la amada preferida del poeta
luce, entre cien rivales envidiosas,
el cetro de la gracia y la belleza.

Elogian unos su gentil donaire,
alaban otros su hermosura espléndida;
éste, el champagne incitador le brinda
aquel, le ofrece perfumada menta.

Y mientras clava el áspid de los celos
su diente en las entrañas del poeta,
que en un rincón de la esplendente sala,
pálido, atisba la galante escena;

Ella, que tiene el arte no aprendido
de fingir amorosas preferencias,
se excede en la sonrisa con que halaga,
se extrema en la mirada con que besa.

Sus besos, sus miradas, sus sonrisas, quién, cual mago inferna, diluir pudiera, para obtener un tósigo, incitante, como champagne ó menta!

Y allí mismo, ese néctar ponzoñoso, síntesis de caricias que envenenan, ofrecerlo con plácida sonrisa á la reina triunfante de la fiesta.

Y en medio á sus rivales envidiosas, en medio á los galaues que la asediañ verla caer, desencajado el rostro y entre espantosas convulsiones, muerta!

FABIO FIALLO

EL CADAVER DE GOETHE

Al día siguiente de su muerte sentí vivísimo deseo de ver sus mortales despojos. Su fiel criado Federico me abrió el cuarto donde le habían depositado. Tendido boca arriba descansaba como si durmiera y se pintaban en su noble semblante la firmeza y la paz, así como la ancha frente parecía cobijar aún grandes pensamientos. Yo hubiese deseado cortarle un mechón de pelo, pero el respeto me detuvo. El cuerpo desnudo enteramente, estaba envuelto en una sábana blanca, y habían colocado alrededor grandes témpanos de hielo para conservarlo incorrupto lo más posible. El criado alzó el lienzo y la divina belleza de sus miembros me dejó atónito. Ancho, desarrollado, redondeado el pecho, mórbidos y suaves brazos y muslos, magníficos los pies y de la más pura forma; sin que se notara en ninguna parte del cuerpo la menor señal ni de gordura, ni de flaqueza, ni deterioro. Tenía delante de mí un hombre perfecto y en toda su belleza, y mi entusiasmo me hizo olvidar un instante que el espíritu inmortal hubiese abandonado aquella envoltura. Me puse la mano sobre el corazón... ¡profundo silencio! Hasta entonces pude retener mis lágrimas, pero en aquél punto volví el rostro y díles rienda suelta.

ECKERMANN

LOS CELOS DEL SACERDOTE

Obsta con negra máscara de seda el cruel carmín de tu inviolada boca,—y la gran noche azul de tus pupilas—y el cielo de tu frenteluminosa.—

Destrenza tus cabellos como un duelo—sobre tu nuca artística ¡oh Theóclea!—[Tus largas trenzas—peinadas por los besos de mi boca].—Y reviste la túnica de luto,—que cuando en torno de tus flancos flota,—parece que la noche se desprende—de tus hombros. Yo quiero con la loca—ansiedad de mis celos exclusivos,—solo para mis manos esa heroica—desnudez de tu seno, que aparece—como el orto de un astro; y esa gloria—de tu garganta que triunfal emerge,—como una copa—de acero, que los técnicos cinceles—labraron; y esa curva vencedora—de tu ebúrnea cadera que realza—la orquestal armonía de tus formas—bajo la gran caricia de la seda.—Cuando cruces [fantasma, luz estrofa]—por las ruinas que pueblan mi cerebro,—como la triste luna que corona—la trunca arquitectura de las nubes:—Yo quiero verte envuelta por la sombra—de la máscara negra y tus cabellos,—y la fúnebre seda de tus ropas,—como la estatua Libertad que velan—cuando la patria está en peligro.—Sola—en mi templo de amor, dame tus brazos,—que anegarán mi cuerpo cual dos ondas,—en turbulenta confluencia unidas,—y tus pudores trémulas de novia,—y el beso que en los sabios sacrilegios—me dejas en los labios como una hostia,—y el albor de tu seno en que culmina—bajo una tibia irrealidad de blondas,—el orgullo fiscal de un palpitante—pezón de rosa,—y la gracia triunfal de tu cintura—como una ánfora llena de magnolias,—y el hermético lirio de tu sexo,—lirio lleno de sangre y de congojas.

Y que sólo tus manos se destaquen—en la noche de seda de tus ropas,—cuando estés en mis brazos victimarios—[deseado crucifijo de las bodas!].—Y que sólo tus manos sean vistas—por extrañas pupilas, cual dos tórtolas—que se aman blancamente, consagradas—por los besos exhaustos de mi boca.....—Y que gocen los hombres del delito—de tus manos desnudas: ¡oh Theóclea!

LEOPOLDO LUGONES

TOLSTOY

El Conde de Tolstov acaba de expresar, ante un periodista parisiense,

sus íntimas ideas sobre los literatos franceses actuales. Todos los artistas le parecen odiosos. Su cerebro de pastor ortodoxo, su alma de "clergiman" rabioso no comprende la literatura sin moral y sin religión. Exagerando la teoría cousiniana, dice que "sólo" lo evangélico es bello.

—Esa manera de escribir de los jóvenes, tan retorcida, tan petulante, tan rebuscada, me parece una locura imbécil—exclama. Vea Ud., por ejemplo, esa frase de Paul Adam. ¿La comprende Ud? Yo, no...

La tal frase, empero, no tiene nada de oscura. Héla aquí: "Hay algunos cuyo clamor lanzó la idea sobre la inmensidad de los pueblos grises y azulados, por encima de las cúpulas académicas, de las columnas victoriosas, de los jardines idílicos, de las féreas casas comerciales, de los astros eléctricos que iluminan la carrera de los expresos y el movimiento nervioso de las masas hasta el gesto del sembrador, hasta los lentos pensamientos del hombre humilde, hasta la esperanza del marino que, recostado en la popa, sigue la palpitación luminosa del mar".

Si esto parece incomprendible al viejo Tolstoy, ¿qué tiene de extraño que jamás haya podido ó querido entender una sola estrofa de Mallarmé?

—Mallarmé—dice—fué la más inmensa nebulosa del cielo francés.

—Oíd lo que á Zola se refiere en la confesión literaria del patriarca:

—"Germinal" me maravilló; pero "La Tierra" hizo disminuir mi simpatía, que desapareció completamente con "La bestia humana". No he podido pasar de la centésima página de "Lourdes"; y en cuanto á "Roma", ni la he principiado.

—¿Y Daudet?—le pregunta el periodista.

—Daudet—responde Tolstoy—tuvo talento.

—¿Y Bourget?

—Tiene ingenio.

—¿Y Paul Marguerite?

—Su obra titulada "Sur le retour", me gusta.

—¿Y los Bosny?

—El "Bilateral" y "Nell Horn" son libros hermosos.

—¿Y Marcel Prevost?

—Su novela de las "Demiviergues" me parece inútil y sucia, y sus "Car-

tas de mujer" son inculficables; pero en cambio ha escrito "La confesión de un amante", que tiene mérito.

Si un literato español, italiano, inglés ó escandinavo hablara así, los parisienses se burlarían de él, como de un chino. Las palabras de Tolstoy, empero, son respetadas en Francia como si todo en el viejo maestro ruso fuese evangélico.

El periodista después de haber oído increíbles vulgaridades apostólicas, termina consolándose con la idea de que los escritores de todos los demás países encuentran menos clemencia aún que los franceses en el solitario de Iasnja Poliana.

"Por el noruego Ibsen—dice—me manifestó tener el más profundo desprecio".

En cambio, lee todos los libros de Juan Ramcau, y admira á Lucien Descaves, y coloca á Maupassant por encima de Flaubert.

E. GOMEZ CARRILLO

NOTAS

VELADA

Oportunamente nos excusamos—ante la distinguida señora doña Ada de Fernández, Presidenta del Comité respectivo—de tomar parte en la velada que se dará esta noche en el Teatro Nacional.

REPRODUCCIONES

El Mundo Ilustrado, de México, ha reproducido algunos de nuestros últimos trabajos publicados en Honduras.

NOMBRAMIENTO

El Director de este semanario ha recibido el de colaborador de la importante revista española *Nuestro Tiempo*.

LA BIBLIOTECA ECONÓMICA

de San Salvador, en su número 88, del 10 del actual, publica una colección de cuentos nuestros.

DE ADMINISTRACIÓN

Agradeceríamos á nuestros agentes de provincia se sirvieran remitirnos, á vuelta de correo, el valor de las suscripciones del mes en curso; tomando del producto respectivo la cantidad que les corresponde por el servicio de agencia.